

WALLACE BEERY
VIRGINIA BRUCE
LEWIS STONE

TIGER & ARIZONA



~~Can...~~

EL TIGRE DE ARIZONA

Los grandes films modernos

EL TIGRE DE ARIZONA

Una historia del lejano Oeste,
según la película de
METRO-GOLDWYN-MAYER

*

por José de VILASALVA

1

DISTRIBUIDA POR
SDAD. GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
BARBARÁ, 16
BARCELONA

TIPOGRAFÍA CATALANA, J. Pugés - Vich, 16 - BARCELONA

El Tigre de Arizona

ANTECEDENTES

Durante mucho tiempo las tierras de América fueron un reguero de fuego en la gran lucha fratricida entablada entre los Estados del Norte y los del Sur. Desde Wáshington, el noble Presidente Abraham Lincoln defendía la abolición de la esclavitud y el derecho del negro a ser considerado como un ser humano. Contra esta pretensión, inspirada en el progreso de la conciencia y de la civilización, se habían alzado en armas los ricos colonos de las provincias del Sur, que presentían en la emancipación de los negros la ruina de sus negocios, puesto que los extraordinarios beneficios que obtenían de sus cultivos eran el resultado de tener gratis la mano de obra, gracias al régimen de esclavitud que imperaba para los infortunados descendientes de aquellos negros que mercaderes sin entrañas habían traído de las lejanas tierras africanas.

Pero la Providencia se había puesto de parte de Lincoln y el genial y heroico Presidente consiguió el triunfo rotundo de la buena causa, que trajo consigo la unificación de los Estados Unidos de América del Norte en una orgánica re-

unión de Estados federales cuya capital común residió ya desde entonces y para siempre en Wáshington.

El resultado más inmediato de la guerra fué, como es de suponer, la ruina y desolación en muchos territorios. Los hombres, de vuelta de los campos de batalla, no encontraron más que miseria y bastantes de ellos ni rastro de sus haciendas. Y entonces fueron muchos los que soñaron con marchar a tierras lejanas más prósperas o que al menos ofrecieran más posibilidades de triunfo. Tierras vírgenes que esperaban brazos para arrancar de sus entrañas riquezas en frutos y en minerales. Se imponía marchar lejos, para reempezar una nueva vida, y ¿adónde podían encaminarse aquellas gentes sino en dirección al lejano Oeste?

¡Oeste! Allí estaba la tierra de promisión. Todos los que allí marchaban, ya no volvían, y si alguno, con ánimo más inquieto, regresaba de aquellos lugares, era para ensalzar las dulzuras de su clima, la fertilidad de sus tierras, la grandeza sin par de sus panoramas, los tesoros ocultos de sus rocas. Y hasta los más timoratos sentían entonces el afán de partir. Y así empezó un formidable éxodo de gentes hacia el lejano Oeste, en dirección a las azules perspectivas del Pacífico. Larga caravana de carros en la que, mezcladas gentes de todos los países, un pueblo en marcha se encaminaba hacia lo desconocido, luchando contra la inclemencia de los desiertos abrasadores y la crueldad del piel roja. Pero el hambre es el motor de las grandes y contundentes decisiones, y, si bien es verdad que muchos se quedaron por el camino, fueron muchos más los que tuvieron la suerte de descubrir con sus propios ojos la bella perspectiva de tierras más clementes que ofrecían solaz y descanso a las víctimas de la guerra civil.

Y allí, en los territorios que más tarde tenían que formar los prósperos Estados de Tejas, California y Arizona, asentaron sus tiendas de campaña los primeros colonos, dispuestos al trabajo y a la aventura. Y empezaron a trabajar las herramientas, y árboles milenarios vinieron al suelo y los frondosos bosques con la buena madera de sus encinas procuraron los cimientos de los pueblos que empezaron a surgir por todas partes. Eran aquéllas gentes de temple de acero que no rehuían el trabajo y cuya capacidad de iniciativa no conocía límites. Y así fué cómo con singular dinamismo cambiaron la faz de aquellas tierras, arrancando de ellas los frutos que tenían que sustentarlos. ¡Tierra bendita en la que había sitio para todo el mundo y que ofrecía grandes prosperidades a los que se empeñaban en el trabajo! Verdaderamente lo que habían contado de aquellos lugares los primeros exploradores no era exagerado. No les habían engañado. Allí la vida era más fácil que en Maryland, en Virginia y en los Estados que habían dejado atrás y en cuyas tierras la sangre vertida en trágica contienda parecía quererse vengar trayendo con el rencor y la desesperación la ruina en las ciudades y aldeas. Aquélla era, en verdad, la tierra de promisión con que habían soñado día tras día durante la dolorosa travesía a través del continente. Pero desgraciadamente el paraíso fué de corta duración... Llegaron no los indios, sino gente de peor ralea. Llegaron los *hombres malos*.

Con el trabajo de los honrados colonos apareció el dinero, y la riqueza tiene un poder de atracción irresistible para cierta clase de sujetos que quieren poseerla sin esforzarse para nada. Al lado del campesino, del honrado comerciante, pronto aparece el tabernero que vende a buen precio

bebidas que suben el ánimo a las gentes, que vuelven insolente al varón más prudente. Y junto al mostrador, con la hilera de botellas de toda clase de licores, aparecen las mesas de juego con la promesa de pingües beneficios obtenidos en un cerrar y abrir de ojos. La mesa con sus dados o sus cartas ejerce una extraña fascinación sobre aquellas gentes sencillas que saben lo que cuesta ganar un puñado de dólares y que con los ojos atónitos ven cómo un forastero se marcha con los bolsos llenos de plata a los pocos minutos de haber tocado las cartas.

No tarda en aparecer un tipo peor. El pistolero. El hombre que no tiene más talento que el de su puntería, ni más razones que sus balas. La taberna es su club y la mesa de juego—gracias a sus trampas—su negocio. Las discusiones se ventilan a tiro limpio y allí no hay más ley que la de la fuerza. ¡Terminada la tranquilidad! Los hombres más timoratos no tienen más remedio que procurarse una pistola, andar siempre con cuidado y pensar que de cualquier esquina puede salir la mortal venganza por la injuria proferida el día anterior. La vida paradisíaca hase convertido en un infierno. Lo que era una tranquila asociación de colonos entregados al trabajo se ha vuelto una sociedad sin ley. El dinero que unos ganan empeñando día tras día el sudor de su frente se lo lleva en un santiamén aquella partida de bandoleros que al trote de sus caballos pasan por los pueblos sembrando la ruina y la muerte. No hay hacienda segura. Ninguna diligencia, ningún correo sabe, al salir, si llegará a destino.

Todo esto sucedía en Brimstone, población del Estado de Arizona, en los tiempos en que transcurrieron los sucesos que trata de relatar la presente historia.

Todo forastero observador que hubiese visitado la población allá por el año 1879 habría podido cerciorarse pronto de la exacta situación. Los impactos en las esquinas, los agujeros como estrellas que aparecían en muchos cristales de la población, la profusión de pistolas que impunemente exhibía todo el mundo, la cantidad de vagabundos y maleantes que invadían las tabernas, todos estos indicios le habrían indicado la conveniencia de abreviar todo lo posible su estancia en aquella población.

Brimstone se encontraba lejos de todo centro urbano y su misma soledad le condenaba a ser visitada a menudo por las bandas de bandoleros que por allí obraban con la mayor impunidad. La ley se encontraba nada menos que a trescientos kilómetros, a cuya distancia se levantaba el fuerte Huachuca, a cargo de las fuerzas del ejército federal. Pero por este lado los bandidos no debían temer nada, puesto que dichas fuerzas eran muy reducidas y bastante trabajo tenían en mantener a raya a los temibles *sioux*, que a pesar de andar ya muy quebrantados no desistían aún de hacer de vez en cuando incursiones atrevidas hacia las vías de comunicación, asaltando caravanas y asesinando por doquier.

La única autoridad visible en Brimstone era el *sheriff*. Pero éste tenía que optar entre una vida corta o cerrar los ojos a todas las fechorías que se cometían a su alrededor. El que ejercía ahora había optado sin vacilar por la segunda resolución, tan pronto como conoció la historia de sus antecesores. Y así es que se pasaba la vida en la cama, esperando a la buena de Dios que algún día el Gobierno federal se acordara de su pueblo y mandara allí fuerza suficiente para librar la batalla a los bandoleros.

En los tiempos en que transcurrieron los sucesos que va-

mos a relatar los bandidos que operaban por aquellas tierras se encontraban enrolados al servicio de un hombre terriblemente malo que a sus condiciones de mando unía una falta absoluta de escrúpulos. Sus satélites le obedecían ciegamente, puesto que siempre, gracias a su astucia, les había conducido al éxito. Personalmente constituía el terror de Brimstone y su presencia era siempre augurio de pendencias que fácilmente degeneraban en sangre. Nadie era capaz de tenerle a raya y así salía más a cuenta servirle que discutir con él.

Nadie sabía de dónde había venido ni quién era. Los de su calaña le conocían por el nombre de Bill, pero para las demás gentes era el Tigre de Arizona, y bien podemos decir que desgraciadamente para los habitantes de Brimstone nunca un nombre tuvo más exacta aplicación. Su pasado era un misterio. Lo único cierto, certísimo, era que este pasado existía y que encubría algún romance que nada tenía que ver con lo que constituía al presente la turbulenta vida del bandido. Aquel hombre rudo, que parecía no conocer la piedad, muchas veces se enfurecía contra sí mismo porque ciertos recuerdos del pasado asomaban a su conciencia, y, caso inaudito, sus ojos parpadeaban entonces bajo una lágrima que se desprendía a lo largo de su mejilla, cuando no la enjugaba torpemente a tiempo con sus puños.

UN RECUERDO DE FAMILIA

No todo el mundo sabía cómo las gastaban en Brimstone. La falta de comunicaciones no permitía entonces un

conocimiento a distancia de lo que sucedía en aquellas regiones del Oeste. No es extraño, pues, que el correo semanal que llegaba—cuando podía—a la población trajera de vez en cuando algún pasajero que se dirigía allí con algún honrado propósito.

En la ingrata preocupación de encontrar un sitio en la tierra, los unos empujan a los otros y los retardados, al constatar que los sitios están ocupados, no tienen más remedio que ir más allá, más lejos..., hacia el Oeste. Así es que llegaban aún a Brimstone personas que, acosadas por la necesidad, buscaban allí lo que no habían podido conseguir en sitio más cercano.

El paisaje que rodeaba la población era fértil, pero se encontraba bastante abandonado, puesto que faltaba aquella seguridad cívica que es la garantía de la fecundidad del trabajo. Atraídos por la perspectiva de explotar aquellas tierras llegaban, pues, forasteros que venían a engrosar la población. Algunos se marchaban muy pronto más allá, al descubrir el caos que allí reinaba. Otros, fatigados ya de vagabundear, se entregaban a la buena de Dios o bien, no resistiendo a la tentación del mal, engrosaban las filas de los delincuentes.

Algunos llegaban a pie, otros a caballo. Los más, condicionados en carros de su propiedad. De vez en cuando alguien llegaba en la diligencia.

El día en que empieza la presente narración, la diligencia, además del correo, llevaba dos únicos pasajeros. Eran Jeffrey Burton, boxeador peso ligero, y su entrenador, llamado Harrigan, pero a quien Jeff llamaba familiarmente "Coco".

Jeffrey se había exhibido en algunas poblaciones de los

límites de Arizona, pero, explotadas todas las oportunidades que se le habían presentado por aquellas regiones, se había decidido a recorrer el interior del país, contrariando a su compañero, que nada bueno esperaba de aquellos parajes tan solitarios.

Jeffrey era un joven animado y, aunque reconocía que cierta razón asistía a "Coco", estaba bien decidido a probar suerte en Brimstone, hacia donde se dirigía la diligencia. Tanto el uno como el otro llevaban los bolsos vacíos y todo lo esperaban de un *match* inmediato para poder satisfacer sus primeras necesidades.

La mañana era calurosa y el paisaje parecía dormido bajo la acción aplanadora de la tórrida luz solar. El silencio era absoluto y sólo se oía el monótono ruido de las ruedas y el relinchar de los caballos. "Coco" estaba dormido en el fondo del vehículo y Jeff parecía absorto en sus pensamientos juveniles. Su vida áspera y necesitada no le había permitido aquellas expansiones sentimentales y románticas que tantos a su edad han conocido. Ahora la longitud del viaje le procuraba un ocio prolongado que le incitaba a pensar en perspectivas amorosas. ¿No era como es natural su anhelo más íntimo toparse con una bella muchacha que no fuera esquivo con él? ¡Quién sabe lo que le aguardaba en el próximo pueblo, allí en Brimstone! Todo a su alrededor tomaba ahora un aspecto de aventura que mantenía su ánimo en agradable expectación.

Desgraciadamente para los dos, la aventura se presentó en forma muy imprevista. Iban con los bolsos vacíos, y, no teniendo riqueza que defender, en todo habrían pensado menos en tener que precaverse contra un atraco. Pero vino el atracador y nada menos que en la persona de Bill, a

quien acompañaba sólo uno de los de su banda, puesto que dos eran ya suficientes para aquel "trabajo" que realizaban muy a menudo.

Acostumbrado a estos percances lo estaba también el cochero, quien, nada sorprendido al ver dos hombres embozados que con las pistolas exigían la detención del vehículo, detuvo los caballos y saltó al suelo, levantando los brazos. No deseaba sino que los dos pasajeros hicieran lo mismo, ya que uno no sabe nunca dónde puede ir a parar una bala perdida.

Nada tenía que temer. Jeffrey y su compañero iban desarmados, por lo que no tuvieron más remedio que imitar al cochero.

Mala presa para Bill, que se quedó esta vez chasqueado. No obstante, un reloj que pendía del bolsillo de Jeff despertó su codicia y trató de cogerlo.

Pero entonces el boxeador reaccionó y, haciéndose atrás y bajando imprudentemente los brazos, gritó:

—¡No me lo quites! Es un recuerdo de mi madre.

—¿Y a mí qué me cuentas?—replicó el bandido, mientras se disponía a arrancarle a viva fuerza el reloj.

Contra su costumbre, Bill, tan presto en hacer funcionar el gatillo, frente a la resistencia violenta que oponía el joven optó por asestarle un golpe en la cabeza con la culata de la pistola, dejándole sin sentido en el acto.

Tanto el cochero como "Coco" temblaban de miedo, rezando por que las cosas no pasaran más allá. Bill pareció satisfecho con dejar a su insolente enemigo fuera de combate y tranquilamente cogió el reloj, que había ido a rodar por el suelo. Era una buena pieza, y, después de enjugarlo con la manga de la camisa, Bill lo colgó de su chaleco.

A caballo desaparecieron por el mismo camino por donde habían venido, mientras el cochero y "Coco" asistían a Jeff.

El sujeto que acompañaba a Bill había experimentado una cierta sorpresa al ver con qué atención su amo había replicado al insolente joven en vez de pegarle un tiro, como acostumbraba hacer en semejantes circunstancias.

Ben, que así se llamaba el ayudante del Tigre de Arizona, manifestó su sorpresa cuando, cometida la fechoría, galopaban los dos a caballo en dirección al pueblo.

—¿Qué quieres que te diga?—decía Bill, como si tratara de justificarse—. Cuando alguien habla de su madre, como hizo aquel jovencito, se me achica el corazón. ¡No podía matarle!... También yo tuve madre.

—¡Claro!—exclamó asombrado el otro.

—Sí, ¡claro!; pero también tuve esposa y esto ya no te parecerá tan claro. Porque tienes que saber que algunas, aunque parezca mentira, se casan con "cualquier cosa".

La voz del bandido adquiría una emoción extraña que dejó un tanto perplejo a Ben, que no estaba acostumbrado a oír confidencias de nadie. Pero Bill prosiguió:

—Un año estuvimos casados... legalmente. Me quería... —Y, mirando fijamente al infeliz de Ben, añadió—: Me estás diciendo con la mirada que no me crees; pero yo te digo, Ben, que esto es verdad y que ella tenía unos ojos azules tan lindos, que nunca más he visto de semejantes.

—Y ¿dónde está ella?—preguntó Ben con cierta ironía.

—¡Cállate, sinvergüenza!—contestó Bill por toda respuesta. Y ya no dijo nada más en todo el camino.

Cualquier observador capaz de leer en un rostro huma-

no habría sospechado, con razón, que un recuerdo atroz atormentaba a aquel hombre y le mataba de vergüenza.

Nada de esto podía sospechar su ayudante, que tenía a su amo por un hombre sin escrúpulos, insensible al remordimiento y no viviendo más que para el lucro y la estafa.

Pero lo que tampoco podía sospechar el Tigre de Arizona era que el joven aquel que había salido con vida de sus manos por obra y gracia del hechizo que para él emanaba de la palabra "madre" tenía que interponerse muy pronto otra vez en su camino, y menos aún podía imaginar que el atrevido forastero iba a alterar profundamente su vida.

Después de todo el encuentro era casi inevitable, puesto que los dos se encaminaban hacia el mismo sitio. Brimstone era la residencia habitual del bandido y hacia allí proseguían ahora su camino el boxeador sin contrato y su ayudante.

Este de buena gana habría emprendido el camino de regreso. Poca hospitalidad auguraba de un país donde los bandidos operaban en aquella forma; pero Jeffrey, más animado, pensaba que, desde el momento que habían salido bien del primer percance, podían confiar en que también sabrían sortear con fortuna los que pudieran presentarse más adelante.

Llegados al pueblo dieron pronto con una casa de huéspedes, en donde encontraron una habitación cuyo precio les convino. Ya puede imaginarse el lector que habían aterrizado en una humilde fonda, faltada de los más elementales requisitos de confort y de higiene. Sus medios económicos no les permitían otra cosa. Así es que se tuvieron por feli-

ces de poder pernoctar allí mientras esperaban ganar algún dinero que les permitiera mejorar la estancia.

En seguida pusieron manos a la obra, dirigiendo sus pasos hacia el centro de la población, y en la encrucijada de la calle Mayor con la carretera descubrieron una taberna muy espaciosa, que en aquella hora del día se hallaba muy concurrida.

Allí se dirigieron. El interior se hallaba abarrotado de parroquianos, aunque no todo el mundo parecía hacer gasto. Muchos estaban de pie y parecían aguardar "algo".

La mesa central estaba ocupada por unos jugadores absortos en una partida, en la que se manejaban buenas piezas de plata. Algo desconcertado por aquel abigarrado panorama de tipos de mal cariz, Jeffrey se distrajo de los propósitos que le habían traído allí y, recordando que en su bolsillo había aún algunas piezas que había podido salvar del atraco de la mañana, se dispuso, animado como siempre, a probar suerte en la mesa de juego.

Allí estaba, capitaneando la partida de jugadores, el Tigre de Arizona, a quien no podía reconocer Jeffrey por la razón de que, al atacar la diligencia, Bill, como de costumbre cuando "trabajaba", iba con la cara embozada con un pañuelo que le llegaba hasta el límite de los ojos. Pero si a las primeras palabras cruzadas con el bandido no podía aún sospechar con quién se las había, pronto lo descubrió cuando, con el asombro que es de suponer, vió colgado de su chaleco el precioso reloj que le habían hurtado por la mañana, reloj que tenía para él un valor inapreciable, puesto que significaba el único recuerdo que guardaba de su querida madre, infeliz mujer víctima de la trágica suerte que le

deparó su marido abandonándola al cabo de un año de casados.

Tan pronto como descubrió el reloj en el pecho del bandido, Jeffrey dió un salto y con toda la fuerza de sus pulmones gritó:

—¡Devuélvame usted este reloj, que es mío!

La interpelación cayó como un rayo sobre los asistentes, acostumbrados a temblar ante la presencia de Bill. Sólo alguien que desconocía la ferocidad del bandido podía atreverse a hablar de aquel modo. Así es que un alma piadosa se acercó al boxeador para decirle:

—Oiga, joven. Le aconsejo que se marche de aquí. No es sitio para usted, y, además, no queremos pendencias de ninguna clase y menos con extraños. Márchese, que aquí no tenemos el gusto de conocerle.

Pero el joven, que no había quitado los ojos del pecho de Bill, como hipnotizado por aquella cadena que bien reconocía como la suya, sordo a semejante requerimiento, repitió la misma exigencia:

—¡Devuélvame usted el reloj!

Entretanto Bill, algo desconcertado por semejante insolencia, y sabiéndose el centro de atención de toda aquella gentuza, se levantaba de la mesa no sin antes haber llevado las manos a las sendas pistolas que tenía en sus dos bolsillos.

Buen número de parroquianos se corrieron hacia la puerta con la sana intención de ganar la salida antes de que empezara la batalla que allí se fraguaba. Los camareros, atentos al negocio, se preparaban a agacharse detrás del mostrador en cuanto sonara el primer disparo. Quien parecía más firme era el forastero, admirando a todo el mun-

do por su sangre fría, que atribuían más a temeridad irreflexiva que a auténtica valentía. Forastero era y por lo visto ignoraba que en una taberna de Brimstone se mataba a un hombre sin dar al suceso ninguna importancia.

Bill, encarándose con Jeffrey, le dice:

—¿Cómo sabes que es tuyo este reloj?

—Porque lleva bajo la tapa el retrato de mi madre— responde, resuelto, Jeffrey.

El bandido parece reflexionar un momento y, después de empuñar con una mano una de sus pistolas, con la otra echa despectivamente el reloj sobre la mesa, diciendo a su contrincante:

—Si realmente es tuyo, como dices, atrévete a cogerlo.

¡Cobarde actitud de un hombre que con un arma cargada con cinco balas quiere hacer la ley a quien por toda defensa no tiene más que sus puños! Pero Jeffrey es de la raza de los valientes. No es que no tenga apego a la vida. Nada de eso. Es joven, repleto de simpatía y mucho espera de una vida que le promete aventuras sin cuento. Pero en un momento como éste una fuerza irresistible y que se superpone a toda prudencia le impulsa a arriesgarlo todo por el pundonor de recobrar aquella prenda de su madre que el bandido con su sucia mano acaba de abandonar encima de la mesa.

Todos los ojos se han clavado en el reloj y asombrados ven cómo lentamente, pero con pulso firme, la mano del forastero se acerca al reloj con ademán de hacérselo suyo. Parece que de un momento a otro tiene que sonar el arma homicida; pero en el mismo instante en que el reloj pasa a manos de su legítimo propietario, el pulso de Bill tiembla, presa de extraña conmoción. Su rostro está alterado y lo

que pasa por su fuero interno es algo indescriptible. Una tremenda revelación acaba de asomar a los ojos de Bill. Cuando, siguiendo la lenta mano de tu enemigo, tus ojos se posaron sobre el reloj, ¡pobre Bill!, ¿qué viste en la tapa de aquella prenda que te estaba incitando al asesinato?

¡Pobre Bill! Exacto calificativo. El Tigre de Arizona, como le llaman, acababa de ver en la tapa plateada del reloj el retrato, la estampa exacta de la que por un año fué su mujer. De aquella mujer admirable que le había prodigado raudales de ternura y le había enseñado a querer y a reverenciar la vida. Aquellos ojos azules que nunca había podido olvidar le habían retado de nuevo, infundiéndole un pavor que mal podía disimular.

Mujer admirable que él, insensato y despiadado, había abandonado cuando acababa de darle un hijo. No quiso someterse a la vida honrada y laboriosa que exigía su digna esposa. El monte, la aventura, de nuevo le solicitaron con fuerza irresistible y así fué cómo un mal día se marchó, abandonando en la miseria a la madre y al niño para volver a sus andadas, pisoteando la ley de Dios y de los hombres.

Aquel recuerdo le perseguía siempre y para acallar aquella voz que le roía la conciencia no encontraba otro camino que embrutecerse más y más, esperando conseguir así acaso una absoluta insensibilidad que le hiciera inaccesible al remordimiento. Y he aquí que el rostro aquel aparecía de nuevo y... ¡nada menos que traído por las manos de su propio hijo!

Jeffrey abandonó la taberna, satisfecho de haber recobrado su prenda al mismo tiempo que abrigando los más despectivos sentimientos por aquellas gentes de Brimstone,

a las que consideraba como una colección de cobardes que se habían dejado atemorizar por el primer granuja sin conciencia llegado allí. Nada podía sospechar de los motivos secretos a que debía la vida, después de atravesar una situación de la que nadie antes que él había escapado salvo. En cuanto a Bill, sumido en tétricas reflexiones, sentado en la misma silla en donde momentos antes se disponía a ganar por las malas el dinero de todos los incautos que se apiñaban a su alrededor, estaba desconocido a los ojos de los parroquianos que habían asistido impávidos a la extraña contienda. Poco a poco sus compañeros, presintiendo en su amo un trastorno mental, cuyo alcance eran incapaces de comprender, y con la esperanza de que aquello se le pasaría pronto, le dejaron solo sumido en sus preocupaciones.

Sin su jefe eran gente perdida. Mala gente, pero tan torpe y de una estrechez mental tan acentuada, que por sí solos eran incapaces de tomar ninguna iniciativa. Si Bill no les capitaneaba, eran incapaces de emprender nada bueno, es decir, nada malo, y el pueblo, a pesar de tanto maleante, habríase quedado bastante tranquilo si Bill hubiese faltado; pero nadie se atrevía contra el Tigre de Arizona y bajo la fuerza de este miedo todos aquellos sinvergüenzas podían vivir tranquilos sin temer nada de la venganza pública en aquel bendito pueblo que no conocía la ley ni la Policía.

La Policía ya hemos dicho que la representaba el sheriff, quien, incapaz de enfrentarse con Bill, asistía pasivamente a sus fechorías. La ley la representaba el viejo abogado mister Douglas, el cual vivía, sin ejercer, en una bonita casa de las afueras del poblado en compañía de su encantadora hija, que constituía su consuelo y su gran amor.

al final de una vida dedicada toda ella al servicio de la justicia y de los desheredados de la fortuna.

Si Jeffrey en su primer paso por Brimstone tuvo que habérselas con el hombre más malo de la región, en cambio ahora la Providencia le deparaba un singular desquite, permitiendo que la segunda persona con quien trabara conocimiento en este ingrato país fuera nada menos que la joven hija del prestigioso abogado.

Pero esto que viene aquí tiene un matiz tan diferente a todo lo que hemos referido hasta ahora, que entendemos bien merece un capítulo aparte.

EL RECAUDADOR DE IMPUESTOS

No vaya a creer el lector que en Brimstone todos eran unos majaderos. Nada de eso. Si bien su situación al margen de las vías importantes de comunicación hacía al pueblo víctima de las pandillas de bandidos, allí se encontraban también preclaros varones que, añorando los mejores tiempos que fueron los pasados, resistían valientemente este asalto de salvajes y no se dejaban ganar por la desesperación, sino que, al contrario, esperaban confiados en que a la larga tenía que encontrarse una solución que permitiera salir de aquel estado de cosas e implantar las reglas de la civilización en aquel rincón del Oeste.

Buenas voluntades había, pero dispersas. Era preciso coordinar todas estas voluntades y emprender en beneficio de todos una labor constructiva de orden y saneamiento.

Esto era lo que muchas veces en la soledad de su des-

pacho pensaba el abogado Douglas, estimado por todos como un hombre de virtudes modélicas y de honor intachable. Pero Douglas se sentía viejo para acometer las reformas que su pueblo exigía. En su mesa estaban los libros de leyes, compendio de lo que los hombres han imaginado para hacer la vida fructífera y próspera. Pero la ley sin fuerza coercitiva que obligue a cumplirla es letra muerta y al ver la ausencia de Policía en Brimstone el juez Douglas no podía menos de mover la cabeza con cierto desaliento.

Conocía a todos los del pueblo. A los honrados campesinos, porque muchas veces les ayudaba en sus quebrantos, gracias a su larga experiencia y a su saber. A los maleantes, porque sus fechorías llegaban desgraciadamente muy a menudo a su conocimiento. Y así, amigo de los unos y enemigo de los otros, era un milagro cómo había sabido sortear hasta la fecha todos los escollos de una existencia llena de peligros. Pero algo emanaba de su bondad que infundía respeto y consideración, y el mismo Bill le trataba con cierta deferencia cuando se encontraban frente a frente. Sabía el Tigre de Arizona el desprecio que inspiraba al juez, pero... se lo perdonaba. En el fondo Bill sabía un villano; y si este juicio no se lo perdonaba en un cobarde o en un hombre mediocre metido en su vida rastrera, se lo tragaba sin pestañear cuando procedía de quien por su sola presencia le infundía vergüenza.

La vida del juez Douglas se deslizaba regular en compañía de su hija. Era amigo de que se le respetaran sus costumbres y la chica atendía solícita a ellas. A su padre le gustaba mucho la cerveza, y a media tarde, a las cinco en punto, cada día sin falta, la joven salía a buscar una botella bien fresca de la codiciada bebida. Amable niña que, era el

encanto de su padre. Bucles de oro, ojos claros que inspiraban franca cordialidad, y talle delgado y esbelto que era la admiración de todos los que se cruzaban con ella por la calle. Era un tipo de belleza de aquellas que se hacen respetar hasta de las personas más groseras. Y Loreta—que así se llamaba la joven—vivía relativamente tranquila en aquel hervidero de malos instintos.

En el bar mismo su visita cotidiana en busca de la cerveza parecía traer como una luz que aclaraba aquella pestilente atmósfera de tabaco y de suciedad. Ella estaba acostumbrada ya a aquellas caras, casi siempre las mismas, que por un momento se distraían de sus quehaceres para mirar a la niña con mal disimulada satisfacción.

Pero he aquí que un día la joven tarda más que de costumbre. Su padre, aunque muy complaciente con ella, tiene sed y se impacienta. No puede sufrir que le hagan esperar en aquel pequeño placer que se permite cada tarde de verano. Pero nada, no hay que alarmarse, aquí viene la chica; pero... no viene sola. Le acompaña un joven que nuestros lectores ya conocen: Jeffrey, el boxeador.

¿Cómo se han conocido? Pues en la calle. Lo que en otra parte habría sido un suceso un tanto inverosímil, aquí es muy comprensible. No se ven caras nuevas cada día y menos un rostro como el del boxeador, que inspire confianza en seguida. Esto lo ha sentido muy pronto Loreta cuando se ha cruzado con él por primera vez. En cuanto a Jeffrey, desde que ha llegado al pueblo no ha vislumbrado ni un destello de elegancia ni de belleza; y en esta abstinencia espiritual, ¿cómo extrañarnos de que quedase deslumbrado al hallarse frente a frente con la linda muchacha que tan

poco en consonancia se encontraba con aquel ambiente de chusma?

La sorpresa fué recíproca y por esto, a pesar de lo recatada que era la hija del abogado, no pudo menos de mostrarse sensible a la galantería del joven desconocido que le ofrecía su compañía.

Disimuló lo mejor que pudo, rechazó de momento la oferta, pero al reiterar Jeffrey su ruego con creciente vehemencia no pudo menos que acceder, tanto más cuanto que acababa de descubrir en la frente del simpático forastero la señal de una herida.

—Vivo aquí mismo—dijo Loreta—y usted se vendrá conmigo, ya que insiste, aunque no sea más que para cuidarle la herida que lleva en la frente.

—¡Oh, qué bien! Mejor dicho: ¡qué buena es usted! ¡Lástima que viva tan cerca!—replicó el joven.

—¿Por qué dice usted esto?—pregunta, coqueta, la muchacha.

—¡Oh! Porque, de vivir usted más lejos, habríamos pasado más rato.

Y en esta plática llegaron a casa, donde, como quedó dicho, el señor Douglas les vió llegar.

Presentaciones de rigor, a las que el abogado, atento a la cerveza, no dió mucha importancia, y en seguida Loreta se marchó en busca de su botiquín, con el intento de ver si podía hacer algo de bueno en aquella frente que tanto interés le despertaba.

—Mi hija, caballero—dijo el juez para empezar la conversación que el joven no sabía cómo acometer—, pretende que nadie está bueno hasta que ella ha cuidado de él.

—Creo, señor, que estoy bueno, pero no puedo menos

de pensar que estaré mejor si su amable hija cuida de mí.

—Y ¿qué cuidados se le ofrecen?—preguntó Douglas.

—Nada de importancia; pero su hija se ha empeñado en ver de cerca esta ligera cicatriz que llevo en la frente.

—¿Herida, dice?—pregunta el juez, mientras se levanta a examinar la señal—. ¿Cómo ha sido esto? Aquí siempre andamos con peleas y no quisiera que usted, que acaba de llegar, se hubiese encontrado ya en una de ellas.

Jeffrey prefirió silenciar lo que le había ocurrido; pero, en cambio, animado por la presencia de Loreta, que llegaba con una toalla, un pote de agua caliente y un paquete de algodón, no pudo menos que dar rienda suelta a su verbosidad, puesto que tenía muchas ganas de hablar con la primera persona decente que encontrara.

—Nada, señor juez. Me caí el otro día con tan mala suerte, que fuí a tropezar con un pedrusco que salía del suelo y me herí levemente. Nada, pues, de peleas. Pero la verdad es que usted tiene razón con lo que ha dicho. Que si bien a mí no me ha sucedido nada, en cambio voy viendo desde que he llegado al pueblo que aquí no hay orden ni concierto ni más ley que la de la fuerza bruta.

—Pronto ha visto la situación exacta, joven, y quisiera encontrarme libre como usted para marcharme hoy mismo lejos de este nido de víboras.

—No soy tan libre como usted imagina, señor juez—dijo el joven, al mismo tiempo que dirigía sus ojos hacia Loreta, la cual, aunque atareada vendando la cabeza al amigo, se dió perfecta cuenta del significado de aquella mirada. El joven prosiguió:—¿Cómo toleran ustedes semejante estado de cosas? Hoy, paseando por las afueras del poblado he visto a unas pobres gentes cargando muebles sobre un carro

de dos ruedas que iba tirado por un mulo enflaquecido. He presentido un drama y me he acercado a ver lo que sucedía. Y ¿sabe qué sucedía? Pues que aquellas gentes se marchaban porque no podían vivir más en donde al decir de ellos no mandaban más que los bandidos. Usted lo sabrá mejor. ¿Es esto verdad?

Douglas tuvo que asentir:

—Sí, señor, es verdad.

—¿Y ustedes no hacen nada para curar esto, para ascender a la civilización, como tantos otros pueblos que en el orden han encontrado el bienestar y la prosperidad para todos?

—La ley, amigo, la ley, esto es lo que hace falta.—Y Douglas al decir esto levantaba el Código con la mano—. Pero la ley, ¿cómo hacerla cumplir si nadie pone a raya a los que pretenden infringirla?

—¿Es que no hay Policía en Brimstone?—pregunta Jeffrey.

—No la hay. Ésa es la verdad.

—¿Por qué no la hay?

—Porque cuesta dinero y no tenemos—explica Douglas; y, animado por el aspecto decidido del joven, prosigue—: Si tuviéramos Policía, acaso todo se arreglaría y volverían los viejos tiempos, como antes, cuando estábamos sin la partida de bandoleros que, echados de todas partes, han venido a medrar por aquí. Pero para eso, amigo, hace falta dinero y no tenemos.

—Pero el dinero se consigue cobrando impuestos, ¿no es eso? Usted, como abogado, sabe esto mejor que yo.

Al oír la palabra impuestos, Douglas mueve la cabeza

y mirando fijamente a Jeffrey, con tono apesadumbrado, le dice:

—Impuestos hay, pero nadie se atreve a cobrarlos. Una papeleta de impuestos es aquí un recibo que se paga con un tiro.

Como un relámpago una idea luminosa ha cruzado por la mente del joven y con el general asombro de los allí presentes, padre e hija, Jeffrey dice:

—¡Pues yo cobraré los impuestos! Quiero quedarme aquí y tengo que ganarme la vida. Por lo que usted dice, el puesto está vacante. Este empleo es cosa mía. Lo dicho.

Y ahora rompe el silencio Loreta, que, algo asustada, le dice:

—Pero ¿es que quiere usted suicidarse?

—Nada de eso. Al contrario, quiero vivir muchos años y tener un par de mellizos en Arizona.

Loreta, un tanto conmovida, no sabe más que exclamar:

—No diga usted tonterías. Si nos aprecia un poco, no cometerá usted semejante imprudencia. ¿No es usted bo-xeador? ¿No ha venido a eso? Pues ¿quién le tienta para meterse por este sendero?

—¡El sentimiento del deber!—exclama Jeffrey y añade—: Les diré. Me parece que la culpa del estado de cosas que vituperamos es de todos. Nos dejamos amedrentar por el primer sinvergüenza y éste se enorgullece más y más, hasta llevar su insolencia al máximo. Hay que acabar con los ladrones armando de valor a los hombres honrados. Usted sabe lo que es la ley; yo sabré hacerla cumplir. Seguro estoy de que en el pueblo hay muchas buenas voluntades que no esperan más que el ejemplo para seguir. Sí, ya sé que el oficio es arriesgado, pero alguien tiene que empezar.

Si siempre esperamos que sea otro nos pasaremos la vida aguardando y mientras tanto la vergüenza no nos dejará respirar en paz.

Douglas tiene que conceder que el discurso está cargado de razón. ¡Cuántas veces no ha suspirado él por emprender una labor de esta clase y sólo su avanzada edad y la soledad de su hija bien amada le han hecho desistir de llevar a cabo su corazonada! No le sabría mal morir si su vida había de sacrificarse por el bien de la comunidad, pero ¿qué sería de su hija sola, abandonada en aquel país, sin protección?

En cuanto a Loreta, su ánimo está dividido entre la admiración que le causa el lenguaje lleno de coraje varonil del simpático amigo y el miedo de que, de llevar a cabo su propósito, pueda sucederle algo malo. Pero pronto comprende que esta vacilación en que se debate su corazón no permite más que una salida. La de aceptar la suerte y confiar en la Providencia. Claramente ve que nada ni nadie podrá disuadir al joven de su propósito, y justamente ella, que quisiera hacerle desistir, es el motivo por el cual Jeffrey está tan empeñado en cubrirse de fama en la arriesgada tarea de recordar a los buitres humanos sus deberes para con la comunidad.

Así lo comprende finalmente Loreta, que se resigna a despedirse de Jeffrey no sin antes mantener con él una prolongada y encendida conversación.

En el ambiente flota una atmósfera de tensión dramática que obliga a los sentimientos a declararse prestos. En un lugar civilizado, en que todo está previsto y asegurado, las confidencias pueden aplazarse siempre para mejor ocasión, pero aquí, ante la incertidumbre del mañana, los corazones

laten impacientes y los labios imprudentes murmuran palabras decisivas. Así Loreta y Jeffrey no encuentran el momento de decirse adiós. ¡Tantas cosas quieren decirse para que en ninguno de los dos quepa la menor duda de que se quieren de verdad!

¿Cómo ha sido ello tan pronto? Así sucede a veces. Alguien espera largo tiempo. Presiente que de un momento a otro tiene que presentarse el ser que la Providencia le destina, y cuando se presenta de verdad poco tiempo es necesario para convencerse de que ha llegado ya lo que tanto se apetecía. Jeffrey y Loreta se han encontrado en circunstancias especialmente dramáticas, las cuales facilitan las exaltaciones sentimentales y enardecen el deseo de confesarse sin rodeos ni considerandos.

Y así, con el corazón palpitando de alegría al saber que puede contar con el cariño de la hija del juez, Jeffrey, más envalentonado aún, dirige sus pasos a casa del sheriff, con la intención de pedirle el empleo de recaudador de contribuciones.

Le encuentra tumbado en un sillón y ni el ruido de la puerta ni su salutación tienen la virtud de hacer levantar al indigno funcionario.

—Quiero ser recaudador de impuestos—grita Jeffrey—y a eso he venido.

La petición tiene la virtud de remover al sheriff, el cual, levantándose y mirando con los ojos muy abiertos, le dice:

—¿Qué le pasa? ¿Tan joven y ya cansado de la vida?

—Nada de chistes. ¿Me da el empleo?

Viendo que tiene delante a un hombre resuelto, el sheriff, sin añadir palabra, coge una pistola, una placa y una

lista de nombres y lo entrega todo a Jeffrey, añadiendo solamente:

—Aquí tiene sus cosas.

—Bueno, pero ¿cuánto me pagan?—inquire Jeffrey.

—Pues el cinco por ciento de lo que recaude y además... el entierro gratis—explica el sheriff.

Sin abrir los labios, Jeffrey sale de la habitación bien dispuesto a empezar su arriesgada labor y sin titubear se dirige en busca del contribuyente más importante, que es nada menos que Bill, el Tigre de Arizona.

PADRE E HIJO

Es verdad que toda vida encubre un misterio. ¿Qué podrían sospechar del drama íntimo que vivía Bill los hombres de su banda? Éstos se sometían al caudillaje del Tigre de Arizona porque lo creían un hombre sin escrúpulos y cuya crueldad era la clave del éxito en sus empresas criminales. Y, no obstante, Bill había recobrado ahora a su hijo, cuya presencia en Brimstone venía a recordarle la única época realmente hermosa de su vida. El pasado acusador revivía y el hombre luchaba entre dos sentimientos opuestos. Por una parte, el instinto paternal le impulsaba hacia el hijo, del cual podía estar bien orgulloso; por otra, la vergüenza que le inspiraba su estado actual le hacía desear que Jeffrey se marchara para siempre de su lado, puesto que la sola idea de que aquel honrado y valiente joven pudiera descubrir quién era su padre le causaba un dolor insopor- table.

Sus sentimientos paternos, que él creía haber desterrado para siempre, volvían ahora a surgir y le daban cierto orgullo al verse representado por un hijo tan valiente y simpático como había demostrado ser en las dos ocasiones en que se habían enfrentado. Pero estaba bien dispuesto a guardar el secreto. Este secreto sólo era conocido de Ben, el más infeliz de la banda, pero también el menos malo. Bill le había hecho jurar que nunca revelaría el secreto, bajo la amenaza de levantarle la tapa de los sesos si se le escapaba una palabra comprometedora.

La perplejidad de Ben estribaba en que no comprendía cómo Bill no trataba de enrolar en la banda a un joven de tantos méritos como era su hijo, pero el Tigre de Arizona estaba bien decidido a mantenerse alejado de Jeffrey y, sacrificando los deseos vehementes de verlo de vez en cuando, habría hecho lo imposible para obligar al joven a marcharse bien lejos, puesto que la idea de encontrarse de nuevo con él le humillaba, sin contar que nada bueno podía resultar de aquella proximidad.

Bill no se hacía ninguna ilusión respecto a la impresión que había causado a su hijo. En el rostro de Jeffrey había leído el desprecio más profundo y, a pesar de haber descendido mucho en las profundidades de la bajeza, nada podía hacerle sufrir más como el ver que su persona inspiraba asco a su único hijo.

Nadie puede vivir sin un poco de ternura y toda alma cobija oculto un destello de amor. Precisamente porque desde muchos años acá Bill no veía a su alrededor más que odios y brutalidades, la aparición de su hijo, que tan fuerte contraste hacía con su existencia cotidiana de bandolero,

había venido a removerle el alma, despertando sentimientos cuya existencia él mismo ignoraba.

El encuentro entre padre e hijo no debía hacerse esperar mucho. Jeffrey iba directo en busca de Bill, bien dispuesto a arrancarle el importe de su contribución. El Tigre de Arizona se encontraba entonces en una mala casucha de las afueras del pueblo pasando cuentas con los bandidos.

Todos aquellos hombres se habían sentado alrededor de una mesa, encima de la cual Bill había puesto los montones de dólares fruto de sus últimas fechorías. Echando cuentas, Bill era único. Dos partes dividían el montón. La más importante pasaba al bolsillo del amo, el cual antes de apropiarse de la cantidad preguntaba si alguno de los asistentes tenía algo que objetar.

Inútil decir que los preguntados contestaban de mala gana, negativamente, a la amenaza que encubría la socarrona pregunta. Esto daba un aspecto legal a la expoliación que el Tigre de Arizona hacía sobre los bienes de los demás. Allí encima de la mesa quedaba el resto, que tenía que ser repartido en partes iguales entre los otros. Poca cosa dejaba la codicia de Bill.

Aquel día, cuando se terminaba la liquidación, alguien advirtió a Bill que un jinete se dirigía a galope hacia el refugio de los bandidos. "¿Quién será?", se preguntó Bill. Pronto tenía que salir de dudas.

La puerta de la casucha es empujada violentamente y en el interior de la misma penetra, con la consiguiente sorpresa de los allí presentes, el chico del reloj.

La sorpresa aumenta cuando oyen que el recién llegado, alargando un papel, dice en tono imperioso dirigiéndose a Bill:



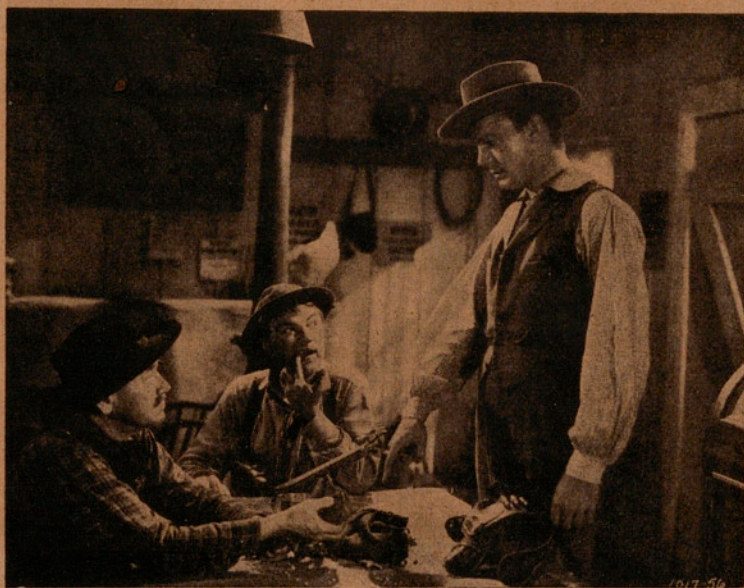
—Vengo a buscar la cerveza para mi padre.



—Parece como si le hubieran golpeado con la culata de un revólver.



—El Tigre nos ha robado el ganado, y tenemos que marcharnos de Arizona.



—Vengo a que me dé el cargo de recaudador de impuestos.



— Ahí le tienes, Cachiporra. Éste es quien mató a tu hermano.



— Soy yo 'quien representa la ley, Bill.



—Yo acuso a Cachiporra de la muerte de mi mejor amigo.



—Así es la vida.
Siempre termina an-
tes de empezar.

—¡Vengo a que arreglemos una cuenta, Bill!

Bill, que no adivina de qué se trata, pero que sospecha que Jeffrey viene a liquidar a su manera una antigua venganza, asustado ante la idea de tener que batirse con su propio hijo le dice:

—¡Oh, no! Nada tengo que ver contigo. ¡Déjame en paz!

Pero Jeffrey, sin chistar, insiste en entregar el papel. Bill no tiene más remedio que cogerlo, y, después de pasar su vista por él, sin haberse enterado siquiera de lo que se trata, puesto que apenas sabe leer, se lo devuelve exclamando malhumorado:

—¡Mentira! No vale ni el papel en que está escrito. En todo caso, ¿cómo puedes probar lo que aquí se dice?

El recaudador de impuestos, viendo que Bill no se da por enterado, dispuesto a no perder más tiempo dice sin titubear lo más mínimo:

—Vengo a cobrar setecientos ochenta dólares que debes de impuestos.

No es para describir el asombro general que estas palabras producen entre los reunidos, los cuales a la palabra “impuestos” se miran entre ellos preguntándose mutuamente si no habrán entendido mal. Por fin algunos, al unísono y con voz socarrona, exclaman:

—¡Impuestos!

Pero Bill, como entrando en razón, más pronto de lo que imaginaba el propio Jeffrey, pregunta:

—¿Qué piensas hacer con los impuestos si acaso los cobras?

—Mejorar la educación... Hacer de éste un pueblo de-

cente. Y, sobre todo, construir una prisión para los ladrones de ganado y trampistas del juego.

Al escuchar estas palabras el más impulsivo de los presentes hace ademán de empuñar la pistola, pero, más rápido, Bill le asesta un golpe en el brazo que le obliga a contenerse.

—¡Alto! Si hay que disparar lo haré yo—exclama el Tigre de Arizona. Y añade—: ¡Fuera todos! Tengo que hablar con este mozalbete.

Estas palabras están dichas en un tono que no admite réplica. Así es que pronto quedan solos padre e hijo. Bill dice:

—¡Óyeme!... Desde que has llegado a Brimstone no haces más que fastidiarme. Si quieres conservarte en vida lo mejor que puedes hacer es marcharte de aquí. Hazme este favor, porque no quiero hacerte daño. No sé por qué, pero no quiero riñas contigo.

Por toda respuesta Jeffrey dice:

—No me iré sin cobrar los impuestos.

—¡Oh! ¡Qué hombre!—exclama enfurecido Bill; pero comprende que no tiene más remedio que ceder, a menos que quiera pelear con su propio hijo. Y cogiendo el montón de plata que había quedado encima de la mesa lo entrega al recaudador, que no puede disimular el orgullo de su primer triunfo.

—Bueno, ¿y a quién más vas a cobrar ahora?—pregunta Bill una vez ha satisfecho su deuda.

Y Jeffrey lee en voz alta la lista de los contribuyentes. A cada nombre, Bill da un brinco, dejando escapar improperios de todas clases y calificando de granujas, sinvergüenzas y traidores a las próximas víctimas del recaudador

de impuestos. Al terminar, sin poderse contener, el bandido exclama:

—Eres el hombre más ignorante que he conocido. ¿Quién te ha mandado meterte en todo esto?

—No te preocupes, que esto no te importa—responde Jeffrey.

Claro que le importa. Mal parado va a salir su hijo si se atreve a enfrentarse por ejemplo con Sawtelle, más presto a disparar el gatillo que a decir amén.

Muy equivocado anda Jeffrey si cree que en todas partes se van a ablandar los corazones ante la suma de los impuestos. Y, comprendiéndolo así, Bill se ofrece para acompañar al joven en sus correrías. Pero éste replica:

—No, que no está bien que los ladrones vayan con los recaudadores de impuestos. Hay compañías que desacreditan a los funcionarios de la justicia.

Pero en este punto Bill no se deja convencer y por toda razón replica:

—Nada..., vengo contigo. He pagado mis impuestos y quiero ver si los demás los pagan. No quiero que después se diga que el Tigre de Arizona ha sido el único en hacer el primo.

Y los dos salen al exterior, donde aguardan los hombres de Bill. Todos se quedan muy perplejos cuando oyen al amo decir:

—Somos recaudadores y vamos a imponer la ley a ciertos morosos.

Bill y Jeffrey salen a caballo y al galope hacia la residencia del segundo nombre de la lista. Los hombres allí presentes han quedado petrificados ante el cariz que han tomado las cosas, no comprendiendo cómo Bill ha podido ha-

cer las paces con el insolente joven, acceder a su demanda y, por añadidura, ofrecerle su compañía. Sólo uno, "Buitre", aprovecha el tiempo pensando, y el resultado de sus meditaciones le hace decir:

—Creo que yo también me meteré a recaudador de impuestos.

Sólo que "Buitre", que se considera muy listo, encuentra que esto de ir casa por casa en busca de los contribuyentes, discutiendo para arrancar a los morosos unas perras, es una cosa muy molesta. Es más cómodo que los otros, por ejemplo aquel impertinente forastero, cuiden de recoger el dinero y al final, acabada la recaudación, se lo entreguen a él.

¿Cómo? No será a las buenas, ya lo sabe "Buitre". Pero él tiene su procedimiento. La puntería de su rifle tiene fama en todo Arizona. Si puede disparar primero, no hay peligro de que el otro replique. Todo el secreto está en disparar primero. Pero la traición es su estilo y él conoce algunas esquinas en el camino que cumplen a maravilla su cometido.

"Buitre" ha decidido acabar con Jeffrey. ¡Qué admirable gesta la que le permitirá eliminar de la región a aquel insolente forastero y además quedarse con el dinero de los impuestos!

Pero ¿y el Tigre de Arizona? ¡Bah! "Buitre" empieza a amoscarse con el amo. Desde que el mozalbeta aquel ha hecho su aparición, el fiero bandido no hace más que el ridículo.

Mientras tanto, bajo la protección de Bill, cuya presencia infunde miedo a todos, Jeffrey prosigue su labor de recaudador. El dinero va entrando a montones en su saco.

No se pregunta a qué se debe el empeño que Bill manifiesta en ayudarle. En todo caso, lo atribuye a una fantasía del bandido para ver la cara que ponen los demás delante de la imprevista petición. No sabe que Bill se encuentra allí porque nada importa tanto al bandido como protegerle. Nada sospecha del secreto que les une.

Sin grandes dificultades Jeffrey realizó su itinerario y la fiesta habría terminado en paz a no ser por la muerte de Sawtelle, que Bill hirió a tiros, a pesar de haber prometido formalmente a Jeffrey que se abstendría de hacer uso de las armas; pero Bill, impulsivo, disparó en cuanto el majadero de Sawtelle pretendió echarle de su casa a empujones.

Sawtelle era un mal sujeto que seguramente habría asesinado a Jeffrey de haberse éste empeñado en cobrar. Constituía el único facineroso capaz de enfrentarse con Bill, y éste, que sentía hacia él un odio feroz, había en mala hora disparado su arma, matándole en el acto.

Sawtelle muerto, Jeffrey, que hasta entonces había tolerado a Bill, presa ahora de fuerte indignación repudia su compañía, tratándole de asesino y de ser el hombre más malo que ha conocido.

No contento con las palabras, Jeffrey pasa a las obras y con sus puños de boxeador asesta fuertes golpes en la mandíbula del bandido, derribándole al suelo. Bill aguanta impávido, aunque tiene que reprimirse violentamente para no echar mano de la pistola y cometer la mayor barbaridad de su vida. Afortunadamente para los dos, el padre se resiste y sin rechistar recibe la primera paliza que ha conocido en su vida. Bill apura así el cáliz de la amargura, empezando de esta forma a redimirse a sus propios ojos, puesto que

la única manera de hacer viable la paliza es aceptarla como castigo por su villanía.

Liquidado el asunto Sawtelle de tan mala manera, ya ningún otro contratiempo aguardaba al intrépido recaudador de impuestos. Éste decidió separarse irrevocablemente de la compañía de Bill, no pudiendo soportar por más tiempo la presencia del bandido, que se le hacía más repugnante después del asesinato de Sawtelle, y así solo, montado en su caballo y atento a las emboscadas, acabó de recorrer todo el distrito municipal de Brimstone en busca de los contribuyentes que faltaban.

Satisfecho podía estar de su jornada cuando, terminada su labor, se dispuso a volver al poblado para presentar la liquidación al sheriff.

La tarde era espléndida, serena, y un aire fresco venía a templar el calor tórrido que durante todo el día se había hecho sentir implacable. Con el atardecer, la naturaleza parecía salir por un breve instante del sopor del mediodía, y el paisaje, bajo los tonos rojizos del sol poniente, presentaba un aspecto de singular belleza que extasiaba a Jeffrey. El joven tenía motivos de sentirse contento y hacía planes ambiciosos para el porvenir, considerando que aquella tierra, que tan penosa impresión le había producido al llegar, ahora empezaba a gustarle en gran manera. Así, ensimismado en sus pensamientos, se dirigía al galope hacia el desfiladero del Águila, camino obligado para volver al pueblo.

Allí el paisaje, hasta entonces verde y acogedor, se transmutaba repentinamente en algo tosco e ingrato. Las rocas peladas se alzaban agrestes a los dos lados y el camino, pedregoso en extremo, fatigaba mucho al caballo. Seguramente que el cambio de paisaje sugirió a Jeffrey ideas más

sombrías y, saliendo de sus íntimas meditaciones, volvió al sentido de la realidad, acordándose de que aquellos alrededores eran campo de andanzas sin cuento por parte de todos los sinvergüenzas de la región.

Ya había aprendido el estilo del Oeste, este estilo que consiste en agudizar la vista y vivir en alerta constante. En buena hora se le ocurrió semejante actitud, puesto que, apostado detrás de una roca de la derecha del camino, se encontraba el "Buitre" con su rifle, con la clara intención de ganar en un momento toda la recaudación que traía consigo el nuevo funcionario municipal.

Fué cosa de un instante, de una décima de segundo. Casi instantáneamente, al momento de disparar su rifle el "Buitre", Jeffrey, que se dió cuenta de la amenaza, se agachó con tan buena suerte que pudo evitar el disparo y no pasó un segundo antes que él a su vez se sirviera de su pistola, tumbando muerto en el acto a su contrincante, que traidoramente pretendía terminar con él.

Dos disparos casi simultáneos en la quietud acogedora de la tarde. Un bandido menos. Jeffrey, sin detenerse, espoléó su caballo y al trote se aprestó a ganar el pueblo antes de que anoheciera, pues las tinieblas son el mayor amparo de los villanos.

* * *

Mientras esto sucedía, el hermano del "Buitre", el menor, a quien llamaban el "Moscón", se encontraba en casa del sheriff. Era el "Moscón" un infeliz, un atrasado mental a quien todo el mundo despreciaba. Tenía un rostro simiesco y el pelo abundante, castaño, cubría su faz. Se sabía despreciado de todos y sólo anidaba malos instintos. Ahora se

recreaba pensando cómo su hermano estaría liquidando a aquellas horas al desgraciado forastero que se había metido en la ridícula empresa de buscar dinero para construir una prisión en Brimstone.

El sheriff hacía caso omiso de su presencia, lamentando que la estúpida canción que entonaba su visitante no le permitiera terminar la siesta en paz.

El "Moscón" cantaba:

Guárdame esta sepultura...
Quiero dormir con los míos,
Con mis padres y mis tíos,
y mi hermana María Pura.

•Guárdame esta sepultura...
Mi padre murió en Tabofa,
y mi hermano en el asilo,
y mi hermano Domutilo
en la punta de una sogá...

Al llegar a esta estrofa, una cuerda de la guitarra con un ligero quejido se rompió, al mismo tiempo que el sheriff y el rapsoda distinguieron el trote de un caballo que se acercaba. Se miraron los dos como interrogándose y en la cara del "Moscón" apuntaba ya la alegría de ver a su hermano—lo que significaba dinero en la familia—, cuando, abriendo la puerta, apareció Jeffrey en el umbral, con el saco de plata en la mano.

—¡Tome su dinero! Ya he descontado mi comisión—dijo dirigiéndose al sheriff, el cual no salía de su asombro, pues nunca en su vida había visto que los bandidos pagaran impuestos.

El más asombrado, y asustado además, era "Moscón", quien finalmente se atrevió a interrogar al recién llegado:

—Y ¿dónde está mi hermano?

—Pues descansando hasta el día del juicio en el desfiladero del Aguila.

Al oír eso, como si se derrumbara el mundo a su alrededor, "Moscón", presa de intenso pánico, salió corriendo, considerándose el hombre más solo del mundo y augurando para un porvenir muy próximo otra muerte en Brimstone, pues el dolor de la pérdida que acababa de sufrir no le impedía entrever ya la satisfacción de la venganza, puesto que Bill nunca dejó sin vengar a ninguna víctima de la pandilla.

El sheriff, después de cambiar unas corteses palabras con el nuevo funcionario que acababa de dar un distinto rumbo a las cosas del pueblo, realizando el primer paso hacia la legalización de la vida civil, se entregó a hondas meditaciones, preocupado por el mal cariz que podían tomar los acontecimientos si la suerte no persistía en proteger al audaz empleado. En cuanto a éste, no tenía ahora otra preocupación que llegar lo más pronto posible al hogar del señor Douglas, donde, como es de suponer, le esperaban con la máxima impaciencia dos seres queridos.

EL VENGADOR

La muerte del "Buitre" ha llevado la consternación a toda la banda capitaneada por Bill. Esto no había sucedido nunca hasta el presente. ¡Que alguien en Brimstone usara de las pistolas contra ellos! ¡Era inverosímil! De repetirse se-

mejante hecho, ¿qué sería del prestigio de que gozaban? ¿No se desvanecería el terror al amparo del cual todos ellos medraban? Nadie se atrevía contra ellos porque todo el mundo sabía las terribles consecuencias que traería semejante temeridad. Pero por lo visto el forastero no pensaba en semejante percance e introducía en el bendito pueblo un estilo que ponía en entredicho el poderío de la banda de Bill.

He aquí el temor que se había apoderado de aquellos hombres, que eran valientes porque siempre se enfrentaban con gente apocada. Y el miedo aumentaba cuando consideraban que su jefe parecía transformado, y no en ventaja por cierto, desde que llegara al pueblo el maldito forastero. Así estaban todos de abatidos a la mañana siguiente cuando se dispusieron a dar sepultura al infeliz bandido.

Acondicionado el nicho en el mismo suelo, todos en actitud hipócrita, inclinados en farisaica devoción alrededor de los despojos mortales, el más letrado de todos pretendía empezar su oración fúnebre, cuando se dejó oír una voz enérgica que gritaba en tono imperativo:

—¿Quién lo mató?

Todos los asistentes volvieron la cabeza para ver quién era el que en forma tan soez venía a interrumpir la ceremonia fúnebre.

—¡Qué falta de respeto!... ¡Interrumpir así tan solemne ceremonia!—no pudo menos de decir el Tigre.

Pero el desconocido, como si no hubiese oído nada, volvió con la suya:

—¿Quién lo mató?

Entonces Bill, por toda respuesta, preguntó a su vez:

—¿Hablo con un agente federal, acaso?

—¡No! Hablas con uno que viene a saber quién mató al "Buitre"—contestó el otro.

Mientras tanto, alguien empezaba a salir de dudas. "Moscón" reconocía por fin en el recién llegado a su hermano mayor.

—¿No me conoces?—le dijo.

—¿Quién es este monigote?—preguntó el otro, empujando a "Moscón".

—Soy tu hermano. No te había visto desde que me rompiste el brazo hace ya más de quince años.

El desconocido se dignó por fin mirar al que le hablaba y le dijo:

—Si sabes quien soy, ya sabrás a qué he venido. A vengar la muerte de nuestro hermano, pues me imagino que tú no sirves para estas cosas.

—Despacio, amigo—y Bill al decir esto se adelantó hacia Cachiporra, que así se llamaba aquel hombre—. Aquí yo soy el amo y los muertos de mi compañía van a mi cuenta.

—Pues si van a tu cuenta, ¿cómo es que aun vive el asesino de mi hermano?

—He tenido mucho trabajo hoy. Por otra parte, un búfalo me ha lastimado el rostro, como puedes ver. Además, no temas, que yo sé hacer estas cosas.

Cachiporra, que ha venido sediento de venganza, no parece muy convencido, pero se tranquiliza algo al considerar la figura de bruto que tiene Bill, lo que le parece ser la mayor garantía de que cumplirá su palabra. Además, acaba de llegar y aquella es una tierra extraña para él y, no sabiendo como las gastan allí, prefiere mantenerse a la expectativa por unas horas.

En cuanto a Bill, nunca en su vida conoció trance semejante. Inútil decir que no piensa llevar a cabo la felonía que de él se pretende, pero, por otra parte, conoce bastante a los hombres para comprender que, si no cuida él de hallar remedio a la situación, el otro cuidará de mandar a la tumba a su hijo. Cachiporra tiene todo el aspecto de un hombre tenaz que no vuelve nunca atrás en sus propósitos.

Sucede en estos momentos de la vida que la misma impaciencia que nos devora nos quita la serenidad para pensar. Ésta es la tortura mayor de Bill, cuya cabeza se resiste a funcionar. Lo que le pasa al bandido sólo lo comprende el pacífico Ben, que sabe que nada puede hacer por su amo. Asiste impávido a la congoja de Bill, que, nervioso, no para de agitarse de una parte a otra, pasando de un exceso de furia a un período de abatimiento que lastima a su inseparable compañero. Compréndese entonces que aquella alma no está perdida del todo, sino que en el fondo, en el abismo más profundo palpita aún una reserva intacta de magnánimos sentimientos que ahora bajo el impulso del amor paterno afloran a la superficie y descubren un hombre nuevo.

La única solución viable es alejar a Jeffrey del pueblo. Bill por sí solo es incapaz de hacerlo, puesto que ningún ascendiente tiene sobre su hijo; pero alguien puede hacerlo. Puede hacerlo el hombre más prudente del país. El abogado Douglas.

Allí encamina sus pasos Bill. El abogado tiene una sorpresa nada agradable al verle, pero de esta visita tiene que resultar una revelación que bien puede contar entre las más grandes de su vida.

Bill se convence de que la única manera de hacer posible su propósito es descubriendo la verdad, y así, ante el

recelo del abogado, que no puede comprender los móviles de su conducta, se decide a decir la palabra siempre reprimida:

—¡Yo soy el padre de Jeffrey!

La confesión es hecha con tanta vehemencia y emoción, que nadie puede dudar de su veracidad. Repuesto, pues, de la sorpresa que semejante revelación le ha producido, Douglas se dispone, como hombre práctico, a colaborar en el plan que trama Bill.

Este plan comprende una parte preliminar, que consiste en aceptar, procedentes del padre desaparecido, tres mil dólares con destino a Jeffrey para cubrir los gastos que han de ocasionar el viaje y los estudios del joven, que parece dispuesto a ser abogado.

¿No pretende Jeffrey convertir Brimstone en una población próspera, donde la ley sea representada y respetada? ¿No quiere él ser un hombre de provecho y asentar su hogar aquí? Pues esto no es posible si continúa de boxeador. Esto ha pasado ya. Bueno que fuera boxeador cuando iba como un vagabundo corriendo de aquí para allá. Pero ahora está Loreta y la vida demanda mucho más de él.

Esto no puede ofrecer ninguna dificultad, puesto que ya se había hablado de ello antes. Entre padre e hija el acuerdo era tácito. Lo de recaudador de impuestos era sólo para dar el ejemplo cívico, para poner la primera piedra del edificio de la legalidad; pero, de casarse, Jeffrey no podía hacer otra cosa que continuar la labor del señor Douglas y recibir de éste la carrera y el prestigio.

El plan, pues, es éste. Convencer a Jeffrey de que sin pérdida de tiempo marche a la capital. Que se ausente del pueblo, mientras Bill convence a Cachiporra de que ha cumplido la palabra. ¿Qué motivos podría tener el herma-

no para dudarlo? Nadie sabe la situación realmente monstruosa en que se encuentra Bill respecto a su propio hijo, y el matar es, entre gente de su ralea, cosa tan sin importancia, que no hay duda de que Cachiporra se creará lo que Bill le cuente.

Lo difícil no es convencer a Jeffrey de que se marche, sino de que se marche en seguida; pero ¡por esto es Douglas un diestro abogado!: para convencer a todo el mundo. Y así es. Padre e hija a coro logran convencer a Jeffrey de que justamente por amor a ellos trate de ganar tiempo y regresar pronto. Lo que preocupa más al joven es el legado de su difunto padre. No quiere a éste, puesto que sabe lo mal que se portó con su madre, y le pesa tener que aceptar dinero que viene de tan mala procedencia; pero Loreta le tranquiliza, haciéndole comprender que este dinero, venga de donde venga, es providencial, puesto que sólo por obra y gracia del mismo podrán realizar el sueño de un hogar feliz. Además, debe aprender a respetar la voluntad del difunto.

El momento de la despedida viene siempre demasiado pronto. El señor Douglas, discreto, se ha retirado a sus habitaciones, dejando al exclusivo cargo de su hija el trabajo de ayudar al viajero a cargar las maletas en la diligencia.

—¡Oh! Por cualquier cosa me quedaría. ¡Maldito viaje!—exclama Jeffrey al mismo tiempo que deja caer al suelo la maleta que había cogido.

—Vamos, no digas tonterías—le dice Loreta animándole—. Te marchas y nada más.

—¿Me quieres lejos, no es eso?

—¡Sí quiero!

—Entonces no volveré nunca.

Ella, cogiéndole del brazo y frunciendo el ceño, le dice:

—Volverás o te iré a buscar. Y por Dios no pongas esta cara.

Estas palabras son dichas con tanta ternura, que Jeffrey no puede menos que emocionarse de verdad y pregunta:

—¿Es que me echarás de menos?

—Bien lo sabes—responde dulcemente la joven. Y añade—: Espero que pensarás en mí. No vayas a olvidarme con tus libros y... con tus compañeras de universidad.

—¿Quieres decir que voy a estar mariposeando con otras?

—¡Quién sabe!—contesta ella riendo—. ¡Me tendrás tan lejos!

—Siempre te tendré cerca de mi pensamiento. ¡Bendito el día que llegué a este rincón del Oeste!—exclama entusiasmado Jeffrey, al mismo tiempo que, dando el brazo a la niña, empiezan los dos a andar hacia la encrucijada donde les aguarda la diligencia que tiene que conducir a Jeffrey hasta la estación del ferrocarril.

Así andan despacio y en silencio un buen trecho, cuando de repente Jeffrey, poniendo cara de hombre perplejo, exclama:

—¿Sabes que aun no te he dado el beso de despedida?

Y ella, riéndose, le contesta:

—¡Claro! Entonces, ¿por qué crees que he venido acompañándote hasta aquí? ¿Porque sí?

Se besan los dos, sin reparar en los transeúntes que se distraen un momento con el espectáculo siempre simpático de dos enamorados en vísperas de separarse. Las maletas hablan

elocuentes de la significación de la escena y el buen porte de él y la distinción de ella excitan en todos la envidia de buena ley que la contemplación de la felicidad ajena despierta en toda alma bien nacida.

El beso surte su efecto, puesto que Jeffrey, impulsivo, exclama:

—Vete pronto antes de que me arrepienta y eche de nuevo las maletas al suelo.

Y, después de darle un fuerte apretón de manos, Jeffrey pronuncia el último adiós, entrando acto seguido en el interior de la diligencia.

Dos personas despiden al viajero. En primer término, Loreta, que agita emocionada su pañuelo. Al fondo, amparado en la corpulencia de un árbol milenario, está también Bill, que no ha querido perder la oportunidad de ver a su hijo. ¡Quién sabe si lo volverá a ver! ¡Pasan tantas cosas en Arizona!

La diligencia, cada vez más difícil de ver por la polvareda que levanta a su paso, desaparece por fin de la vista al doblar una esquina a la salida de la calle Mayor.

Terminaremos este capítulo añadiendo que poco trabajo le costó a Bill convencer a Cachiporra de que la muerte de su hermano "Buitre" había sido vengada dentro del plazo convenido. Un bandido no esperaba otra cosa del otro. Y así el Tigre de Arizona cada vez más manso, pudo recobrar la tranquilidad perdida, viviendo cada día más absorto en la consideración del secreto que sólo él y dos personas más—Ben y Douglas—conocían.

UN JUICIO TUMULTUOSO

El ejemplo cívico dado por Jeffrey había surtido su efecto. Como ya hemos dicho en otra ocasión, no faltaban en Brimstone buenas voluntades y corazones valientes bien dispuestos para enfrentarse con la canalla. Lo único que faltaba era que alguien indicara el camino. Jeffrey, arrostrando el peligro y sirviéndose de la pistola, en buena ocasión había demostrado que los bandidos no eran personas intangibles y que todo su valor se derretía cuando alguien les hacía frente.

El dinero recaudado por Jeffrey sirvió de base para pagar a los primeros funcionarios que se ofrecieron para ejercer de policía, y la labor de los mismos fué facilitada en gran manera por la mayoría de los ciudadanos, que no deseaban otra cosa que vivir en paz y librarse de los que, empeñados en vivir fuera de la ley, constituían la calamidad pública que impedía que Brimstone consiguiera aquella normalidad que ya tantas poblaciones del lejano Oeste habían alcanzado.

Y así fué cómo poco a poco las cosas fueron cambiando. Los bandidos optaron entre dos caminos. Como que la vida de facineroso era cada día más arriesgada, los unos se adaptaron como pudieron a las nuevas formas de vida, limitando sus ambiciones y purificando sus métodos, y los otros partieron a caballo para no volver más.

Brimstone progresaba y pronto se edificaron las primeras casas de madera. Se realizaban buenos negocios, puesto que la confianza había renacido y llegaron nuevos colonos con grandes afanes e ilimitada capacidad de trabajo. Se

construyó la prisión, una buena escuela, un sindicato agrícola y otros edificios públicos, de acuerdo con las necesidades de la creciente comunidad.

Pronto, pues, Brimstone se convirtió en una pequeña ciudad en donde imperaban el orden y la justicia, funcionando normalmente los tribunales, en los que a menudo se veía la austera figura del abogado Douglas, que estaba orgulloso de ver redimido a su pueblo.

Tanto Bill como Cachiporra andaban aún por el pueblo. No diremos que su vida se la ganaran honradamente. El dinero corría abundante y tenían suficiente maña para hacerse con él sin mover mucho revuelo. Lo cierto era que ya no sonaban los tiros y esto era lo importante. Ahora ambos llevaban una vida de tribulaciones, puesto que en el pueblo se preparaban elecciones, y, como sucede siempre en estos casos, todo el mundo trataba de encauzar los resultados de la manera que mejor podría favorecer a sus intereses; y tanto el uno como el otro sabían que sus actividades más o menos delictivas podrían mermar o prosperar según el cauce que tomaran los sucesos políticos.

En estas circunstancias regresó a Brimstone Jeffrey, acompañado de su inseparable entrenador, puesto que aun cuando ahora el joven abogado no necesitara de sus servicios, apreciaba en mucho su amistad.

Los dos viajeros estaban asombrados al ver la transformación que se había operado en Brimstone y recordaban aquel día en que llegaron allí después de haber sido víctimas en la diligencia del atraco a mano armada llevado a cabo por aquel extraño Bill, cuya conducta después tantas veces les había desconcertado.

Lo que reconocieron en seguida, puesto que estaba igual

que antes, fué la taberna en que Jeffrey, gracias a su sangre fría, recobró el reloj que ahora pendía nuevamente de su chaleco, y allí se fué el antiguo entrenador a echar un trago, mientras Jeffrey continuaba su ruta hacia la casa de Douglas para saludar al padre y abrazar a la hija.

El paso de los dos forasteros por el pueblo no podía pasar inadvertido; y como que el recuerdo de pasadas gestas no se había olvidado todavía, pronto alguien sopló al oído de Cachiporra que el asesino de su hermano se estaba paseando por la población con la más flamante salud y que, por lo tanto, todo lo que había contado Bill eran embustes.

El pasado volvía y, con él, el viejo estilo de la fuerza bruta. Tan pronto tuvo conocimiento de la burla, Cachiporra salió en busca de su enemigo, no sin antes haber comprobado la carga de sus pistolas. Se fué a la taberna, donde no encontró más que al infeliz entrenador, sobre el cual descargó toda su incontenible ferocidad. Una bala fué a dar en el pecho del pobre hombre, que no podía comprender a qué se debía este trágico desenlace de su vida quieta y humilde. Cachiporra quería herir todo lo que podía entrar en el círculo personal de aquel que mató a su hermano y así habría matado en aquellos momentos a todos los amigos de Jeffrey.

Aquel disparo en la taberna produjo gran revuelo, puesto que estos procedimientos parecían ya desterrados, y tras el revuelo llegó el mismo Jeffrey en calidad de agente federal, dispuesto a ejercer la justicia y sin saber aún a qué atenerse respecto de quién era la víctima y quién el ejecutor.

La sorpresa que experimentó al penetrar en el interior de la taberna y ver en el suelo a su entrañable amigo para-

lizó por un instante su acción, instante que fué aprovechado por el criminal para encararle su pistola. Y mal lo habría pasado Jeffrey de no mediar la rápida y oportuna intervención de Bill, que con la rapidez de que sólo él era capaz desarmó a Cachiporra asestándole un fuerte golpe en el brazo.

En poder de la justicia ya, Cachiporra no ganó nada con echar las peores blasfemias a la cara de Bill, a quien acusó de ser por dos veces traidor, y no tuvo más remedio que seguir, en calidad de preso, al agente federal justamente en la persona de su más implacable enemigo.

De todos modos, Cachiporra no se encontraba en situación desesperada. Los pocos testigos que habían presenciado su felonía no declararían en contra de él. Los conocía bien. Por lo tanto, ¿de qué se le acusaría? Un muerto no significa un asesinato. Él explicaría las cosas a su manera. Su presencia había asustado a "Coco", quien, temiendo sin duda alguna una agresión de parte del que sabía odiaba ferozmente a su amo, había empuñado su pistola, lo que le había obligado a él a hacer lo mismo. El tiro se había soltado solo. ¿Cómo evitar semejante percance?

Además Cachiporra tiene muchos amigos que aun son temibles. Estamos en vísperas de elecciones y se deben muchos favores. El proceso se presentará, pues, tumultuoso y no se van a atrever sin más ni más a matarle. No se condena a la última pena a un hombre sin pruebas contundentes y aquí las pruebas faltan.

Jeffrey actuará de acusador; pero precisamente por ser parte interesada, puesto que se trata de la muerte de su amigo, su actuación no podrá por menos de parecer al jurado muy tendenciosa y, por lo mismo, sospechosa.

En cuanto al juez, es verdad que su austeridad no es puesta en duda por nadie en Brimstone, pero en el presente caso tiene las manos atadas. No se ignora que su hija está prometida a Jeffrey y los más mordaces comentarios empezarán a desparramarse en cuanto demuestre demasiada vehemencia para apoyar el punto de vista de su futuro yerno.

En vísperas del proceso todos se preparan. Se hacen las investigaciones del caso y en el curso de una de ellas Jeffrey descubre en el bolsillo del difunto una libreta a nombre del juez Douglas, en donde figuran ingresos en dólares de gran cuantía que no pueden explicarse con el reducido sueldo de un juez rural. ¿Cómo ha venido a parar aquella libreta a manos de su ex entrenador? Jeffrey lo ignora y por el momento nada le importa. Lo que interesa es guardar la libreta y el secreto, que puede ser muy comprometedo para la honorabilidad de su futuro padre político.

El lector debe saber que estas cantidades procedían de Bill, quien, no pudiéndolas ceder directamente a su hijo, las vertía a nombre de Douglas con la expresa condición de que, una vez muerto él, el juez encontraría la manera de cederlas a Jeff, no sin antes haberse cobrado una comisión estipulada de antemano. En cuanto a la presencia de la libreta en el bolsillo de la víctima, ello se debía a uno de aquellos caprichosos azares que a veces permite el destino. Poco antes de morir, la víctima la había recogido del suelo, en donde es fácil suponer se le habría caído a su propietario.

El caso es que la libreta en cuestión era algo que el juez difícilmente habría podido explicar. Después de todo, aquel dinero, sea quien fuere su destinatario, procedía de un hombre como Bill y quién sabe cómo el bandido habría

ganado aquellas cantidades. El juez Douglas, al hacerse cargo de ellas, se hacía cómplice de las ilegalidades de Bill.

El juez podía en su fuero interno justificarse a sí mismo, como podría hacerlo delante del público si el secreto de la libreta era revelado. Se había comprometido a no revelar que el dinero procedía del padre de Jeffrey, y ahora el destino le jugaba esta treta. La libreta se encontraba en manos de otro.

El juez acababa de redactar tranquilamente el expediente y se disponía a presidir el juicio que la ciudad de Brimstone armaba contra Cachiporra, acusado de homicidio. No había notado aún la desaparición de la libreta. Así es que iba al proceso con el ánimo firme, dispuesto a imponer su criterio.

Llegó el momento de celebrar la vista y Jeffrey pudo darse cuenta de que vientos adversos se agitaban en la sala. Acababa de llegar y era también ahora, como la primera vez, un forastero. Nada sabía de los intereses creados existentes en la población y pronto tuvo que reconocer que alguien allí pisaba tierra más firme que él.

—Imputo el delito de asesinato al acusado aquí presente—empezó Jeffrey, y a renglón seguido, con una maestría que impresionó al propio Douglas, empezó a sustentar sus puntos de vista, aportando argumentos y pruebas.

Su triunfo, no obstante, empezó a mermar cuando comenzaron a desfilar los testigos. Uno tras otro, los que tenían que concretar la acusación rehuían dar explicaciones y acababan por afirmar que no habían visto nada. Una coacción encubierta no les permitía decir lo que sabían.

La justicia, pues, si bien era verdad que funcionaba, no obstante se ahogaba bajo el peso de los formalismos obli-

gados, meticulosidades que exasperaban a Jeffrey, quien estaba bien convencido de la culpabilidad del acusado.

—Señores, dignos ciudadanos de Brimstone. No es a Cachiporra a quien vamos a juzgar. Es a todos nosotros, que saldremos juzgados de este juicio según sea nuestro comportamiento. Ya sabéis que en el respeto a la ley estriba vuestra prosperidad y la tranquilidad de vuestros seres más queridos. Habéis visto crecer Brimstone en la proporción con que hemos sabido tener a raya al delito. Si la ley no se cumple, nuestras prerrogativas están perdidas. Considerad vuestro deber. Más aún, considerad vuestro interés. Debéis dar el veredicto justo. Con ello pondréis fin a la ilegalidad y no permitiréis que puedan volver los viejos tiempos de ignominia.

"Años atrás muchos de vosotros estabais en el ejército peleando por la justicia y el Derecho. En esta lucha de ahora, más grave que la de entonces, vais a dejaros intimidar como los jurados anteriores.

Terminada la peroración, el jurado se retira a deliberar. Son muchos los que felicitan a Jeffrey por su brillante debut en los tribunales de Brimstone, pero el que al parecer más tendría que felicitarle aparece sombrío y por demás preocupado. Douglas ha tenido todo este último tiempo mucha relación con Bill, relaciones personales que le han puesto en la situación de saber muchas cosas respecto a las actividades de aquél y de muchos de sus antiguos compañeros. El mismo Cachiporra podría decir algunas cosas de todos y cada uno de ellos. No, no está tranquilo del todo el juez y ahora, al encontrarse ejerciendo la justicia, sin faltar, naturalmente, al formalismo de la misma, se halla bien dispuesto a torcerla en lo posible en favor del acusado. ¿Cómo

se le podría imputar un asesinato que nadie dice haber presenciado? La justicia tiene que andar con tiento.

Así es que a pesar del veredicto del jurado, que encuentra culpable al acusado, el juez, vista la falta de pruebas aportada por los testigos, con gran asombro de la mayoría, y particularmente de Jeffrey, al levantarse para emitir el fallo dice:

—Se le ha declarado culpable; pero, faltando pruebas convincentes y existiendo causas atenuantes, le condeno a un año de cárcel y a quinientos dólares de multa.

Gran revuelo en la sala y, dominando el griterío general, la voz de Jeffrey que exclama:

—Esto no termina así. Tengo algo que exigir.

—¿Contra quién?—pregunta el defensor.

—Nada menos que contra alguien que quiero más que a nadie—contesta Jeffrey, y, dirigiendo la palabra al juez, añade—: ¡Juez Douglas! Tengo que exigir su renuncia.

—¿Basándose en qué?—pregunta con la mayor perplejidad el interpelado.

—¿Reconoce esto?—dice Jeffrey, al mismo tiempo que enseña la libreta.

—¿Cómo vino esto a sus manos, siendo cosa mía?—pregunta el juez.

—¿Conque reconoce que es suya?—y, dirigiéndose al jurado, Jeffrey añade—: El juez reconoce que la libreta es suya. Ahora nos va a explicar cómo pueden figurar en ella los ingresos de dos mil, tres mil y hasta cuatro mil dólares que en ella figuran. Exijo que antes de obtener una explicación plausible de este misterio, el juez renuncie a administrar justicia.

A medida que oye semejante peroración, el desdichado

juez, desconcertado por tan insensata conducta, se va dejando abatir por una intensa depresión de la que no son capaces de hacerle salir las súplicas de su hija que le pide por favor que se defienda contra semejante calumnia.

¿Cómo va a defenderse? ¿Cómo va a decir que el dinero es del padre de Jeffrey y que aquél no es otro que el Tigre de Arizona?

Tremenda lucha la que se va a plantear ahora. Si un día ya lejano un reloj que era el recuerdo de una madre dividió y unió a dos hombres, ahora aquella libreta, testimonio de un amor filial, va a dividir el pueblo en dos bandos opuestos empeñados en fatídica lucha.

Los amigos de Cachiporra, que ven en el juez Douglas su providencia, contra el espíritu de justicia que anima al joven abogado, se han conjurado para arrancar la libreta comprometedora de manos de su actual poseedor, para destruir lo que compromete el resultado del juicio emitido en favor de su compañero. Y ésta es gente que de estos litigios hace cuestión de vida o muerte. No se hacen ilusiones respecto a las facilidades de la empresa. Presienten, y no se equivocan, que la libreta está bien guardada.

A TIRO LIMPIO

¿Cómo ha podido Jeffrey comportarse como lo ha hecho? Amaba mucho a su amigo y le quemaba la sangre el pensar que el asesino pudiera escapar. Bajo la influencia de su indignación, no paró en consideraciones y sin reflexionar mucho lo que hacía soltó la terrible revelación, sintien-

do que era el único camino abierto para alcanzar su propósito, que no era otro que el de invalidar el fallo emitido.

Y ahora que ya no podía retroceder se disponía a defender su libreta, que suponía iba a ser la presa codiciada de los del bando contrario. La libreta en su poder suponía tener a Cachiporra en sus manos. Si la prueba desaparecía, Cachiporra estaba libre con un solo año de encarcelamiento.

Claro que con decir la verdad a Jeffrey la lucha podría ser evitada, puesto que éste depondría entonces su actitud. Pero ahí está Bill, que no quiere oír hablar de semejante disparate. Está empeñado en morir antes que su hijo tenga que reconocerle como a su legítimo padre; y en cuanto al juez, su avanzada edad, que le hace augurar un pronto desenlace, y su conocimiento de la vida le inclinan a la resignación, deseando sólo la paz para su hija Loreta.

Una trágica atmósfera flota por encima de Brimstone. Alrededor de la casa donde se encuentra Jeffrey pueden verse algunos sujetos en actitud de espera, que llevan sendas pistolas en la cintura. Todo el mundo desfila aprisa por aquellos alrededores. Algo les hace olfatear que se está tramando la más singular batalla que nunca se vió en aquellas calles.

Alguien sin ser apenas visto por los que parecen montar la guardia en las esquinas ha entrado en la casa de Jeffrey. Es Bill. Viene bien decidido. Se le presenta una magnífica ocasión de hacer un buen servicio a su hijo y siente en su fuero interno el ímpetu del combate, por tanto tiempo reprimido, desde que la ley ha ganado tanto terreno en su pueblo.

Jeffrey, que está con un mal humor de mil demonios, le recibe de la peor manera:

—¿A qué vienes aquí ahora?

—No te pongas imposible, por favor—dice Bill, procurando dominar también su mal genio—. Entérate de que los de enfrente se aprestan a robarte la libreta y además... no les parecería mal que te fueras a descansar hasta el fin del mundo.

—Y ¿qué quieres tú con esto? ¿Matarme por la espalda?

—¡Oh! ¿Por qué dices estas cosas, Jeff?—exclama Bill, desesperado—. Me duele que estés tan mal dispuesto respecto de mí. Siempre te he querido y tú llegaste casi a querermme cuando te ayudé a cobrar los impuestos... ¿Te acuerdas?

—Si me has ayudado, tú sabrás por qué motivos personales lo has hecho. Para mí siempre serás el bandido que durante años sembró de terror este país.

—Y ¿no podré hacer nunca nada para borrar a tus ojos esta pésima impresión?

—Si de veras quieres reivindicarte, vete del pueblo y pártete el cochino corazón con una bala.

Apenas esta última palabra acababa de salir de la boca de Jeffrey cuando una bala de verdad silbó y fué a dar contra uno de los cristales del exterior. Era la señal del asalto. La libreta no era más que un pretexto. Lo que se quería era sangre y acabar de una vez con el forastero impertinente que pretendía enviar a la soga a Cachiporra.

Los de fuera eran más, pero los de dentro estaban mejor protegidos y la puntería de Bill era asombrosa. En cuanto uno de los de fuera se descuidaba, era hombre perdido. Las certeras balas hacían blanco. El bando iba capitaneado por el propio Cachiporra, evidentemente el más listo de todos. Al lado de Jeffrey combatía, además de Bill, Ben, el hombre que estaba en el secreto. No entendía mucho lo que allí

sucedía, pero no podía hacer otra cosa que luchar al lado de Bill.

La lucha era enconada. Las municiones de una parte y otra, abundantes. Pero las bajas estaban todas de parte de los asaltantes, que para aproximarse a su objetivo tenían que decidirse a luchar a campo descubierto. La partida parecía, pues, perdida y los más habrían iniciado el repliegue, amparados en la arboleda que crecía a la derecha de la calle, si Cachiporra no persistiera con su odio tenaz en intentar lo imposible. La suerte acababa de favorecerle, hiriendo con su revólver al infortunado Ben, que sin exhalar ni un suspiro cayó, como deseó siempre, a los pies de Bill.

Desde entonces Bill centró toda su atención en Cachiporra, no consiguiendo alcanzarle, puesto que éste con su consumada destreza se agachaba siempre a tiempo.

Mientras tanto Jeffrey había conseguido derribar a dos de los contrincantes, y éstos, viendo el mal cariz que tomaban las cosas, optaron por abandonar la partida. Cachiporra, que sabía a lo que se exponía si se quedaba sin la protección de las pistolas amigas, no tuvo más remedio que resignarse, desapareciendo por la esquina inmediata, con la prudente intención de alargar el paso en cuanto se encontrara fuera del alcance de sus enemigos.

Jeffrey se dió cuenta de que Bill sangraba a causa de una herida que había recibido en el pecho. La resistencia de aquel hombre era realmente extraordinaria, y, a no ser por la mancha rojiza que traspasaba su sucia camisa, nadie hubiera sospechado que su estado requería cuidados. Jeffrey se disponía a prestárselos a pesar de su invencible hostilidad, cuando el bandido le dijo:

—No te molestes. No es nada. Y, además, ¿no dices que me aborreces?

Jeffrey, que ha recapacitado ante la admirable conducta de Bill exponiendo su vida y sacrificando la de su mejor amigo en un litigio que no le importaba nada, se siente dispuesto a moderar la tensión que siempre ha existido entre los dos.

—No puedo negar que tu conducta de hoy ha sido admirable. Quizá me has salvado la vida como ya me la salvaste en la taberna cuando me encontré frente a la pistola de Cachiporra. Bill, la verdad es que no acierto a comprenderte. ¿Por qué te has puesto hoy de parte de la ley?

—Nada, cosas mías que tú no acertarías a comprender. Lo único que deseo es que no me consideres tan malo como me crees.

—Quizás tengas razón—añade Jeffrey—. Al menos tu conducta de hoy me obliga a perdonarte. De grado lo haría si me prometieras que no usarás más esta pistola.

Bill mueve la cabeza y en voz baja, como quien se resigna contra su propia voluntad, dice:

—No puedo hacer esta promesa.

—¿Así estamos?—exclama enojado Jeffrey.

—Me será muy fácil prometerte esto más tarde, pero ahora tengo que arreglar un asunto.

—¿Y no hay otro camino para arreglar este asunto?—pregunta Jeffrey.

—Es una cuenta pendiente con Cachiporra—explica Bill y añade—: Con éste no hay otro procedimiento.—Y sin decir más sale precipitadamente al exterior, donde le aguarda su caballo, que atado a un árbol se ha salvado por verdadero milagro de la lluvia de tiros.

Bill, el Tigre de Arizona, escapa a galope. A pesar de su herida, es el jinete implacable de siempre y hoy aparece como transfigurado. En su rostro asoma una expresión de triunfo y al mismo tiempo de contento interior. Quien le viera sin conocerle no le tomaría por lo que ha sido siempre, por un bandido, sino por un hombre feliz que está contento de la vida.

Jeffrey ha salido a la puerta para ver partir a aquel extraño personaje que nunca ha acabado de comprender. La sola idea de sentir para con él un poco de amistad le ofusca. ¿Cómo podría conceder semejante trato a un bandido? Y, no obstante, muchas veces ha sentido a su lado algo inexplicable que le empujaba a considerar con atención y afecto a aquel hombre que parecía tan embrutecido.

Quien ha vivido sin conocer a su padre siente una secreta nostalgia hacia los sentimientos de veneración que en su día no han encontrado el cauce normal a que estaban destinados. Y he aquí que ahora Jeffrey, solo, considera ciertos momentos en que la mirada centelleante de emoción de Bill se había posado sobre él, produciéndole un ligero temblor que nunca llegó a comprender. Sospecha que un misterio se oculta en la vida de aquel facineroso y casi le sabe mal haberle dejado marchar sin mostrarle a tiempo que él no era un hombre rencoroso.

Sospecha que no le verá más. Y no se equivoca. Bill ha partido con una sola idea fija. Acabar con Cachiporra y después... ¿qué puede importarle la vida?

EPÍLOGO

Bill no es hombre que se vuelva atrás en sus propósitos. Cachiporra tuvo una vida corta. La muerte de Ben quedaba saldada y el enemigo acérrimo de su hijo descansaba en paz. Jeffrey viviría tranquilo y en esta firme confianza el Tigre de Arizona podía retirarse de la circulación.

Pero quiso volver a Brimstone y ser testimonio de la felicidad de su hijo. Esto no se lo podía negar la vida. Y allí fué a tiempo para ver las nupcias de su hijo con la simpática Loreta, puesto que, como es de suponer, al fin y al cabo, aunque un poco tarde, se aclararon las cosas, se justificaron las conductas y el amor facilitó las reconciliaciones.

Cuando dos seres están predestinados, nada puede oponerse a su destino común, y así fué cómo Loreta y Jeffrey unieron sus vidas ante el altar del Señor.

Bill, después de haber tenido la satisfacción de ver a la feliz pareja por última vez, cuando iba a la deriva por las calles de la población fué alcanzado por dos agentes de la Policía rural, quienes llevaban una orden de detención contra él. El ex bandido no opuso ninguna resistencia. Ya suponía que su última fechoría, ahora que la Policía ya estaba organizada en aquel rincón, le tendría que traer malas consecuencias. Por lo demás ¿qué podía esperar de la vida?

Como es de suponer, fué juzgado por las autoridades federales, las cuales, atendida la mala reputación que tenía la víctima y considerando que se trataba de rencillas entre compañeros de oficio, no enviaron a la soga a Bill, contentándose con recluirlo a perpetuidad en la prisión del Estado.

En cuanto a la joven pareja, tuvieron la suerte de co-

nocer días felices. Jeffrey en su profesión de abogado trabajó con ahinco para refinar más y más la legislación de su pueblo adoptivo. Brimstone, que antes tenía tan mala fama, acabó, con el concurso de los más prudentes varones de allí, por convertirse en uno de los centros industriales y comerciales más prósperos de Arizona y la vida se normalizó tanto que años después el recuerdo del Tigre de Arizona parecía más cosa de la fantasía popular que de la verdad histórica.

Era muy difícil, ante el espectáculo de laboriosidad que ofrecía la población, creer que unos años antes la vida y el dinero de cualquier ciudadano estuvieran a merced del primer granuja, operando allí con toda impunidad.

Un capítulo hermoso de la historia americana termina aquí. Esta historia que consistió en la marcha hacia el Oeste alcanzó la meta tanto tiempo anhelada cuando finalmente el más agreste rincón del continente se sometió a la ley. Hombres como Jeffrey fueron los héroes de esta singular batalla, ganada a favor del progreso y la civilización.

Ahora Jeffrey y su señora son padres de dos espléndidos hijos que son su esperanza y la alegría del hogar.

Los tiempos de los hombres malos al estilo del que tan mal recuerdo dejó con el nombre del Tigre de Arizona han caducado. Desde la magnífica capital de Washington hoy la ley ampara a todos los ciudadanos honrados. La obra iniciada por Lincoln ha proseguido su marcha ascendente. Obra nunca perfecta, pero que será siempre el supremo estímulo de multitud de invictos ciudadanos dispuestos a luchar por la buena causa.

FIN

Precio: 1'50 Ptas.